

LA HISTORIA EN LOS LIBROS DE CABALLERÍAS:
LA «NACIONALIZACIÓN» DEL *LIBRO SEGUNDO*
DE DON CLARIÁN (1522)

JAVIER GUIJARRO CEBALLOS
(Universidad de Extremadura & SEMYR)

LEJOS de mi intención reavivar eventos conmemorativos sobre la figura del Emperador. Tras la efemérides del quinto centenario del nacimiento de Carlos V, tan recordado y homenajeado en congresos, seminarios, exposiciones, conciertos y publicaciones, bien se merece el Emperador un descanso como el que disfrutó en el monasterio de Yuste, en la cacereña comarca de La Vera. Entiéndase este estudio, simplemente, como la presentación de una hipótesis que, de ser viable, o al menos sugerente, daría pábulo a los comentarios de otros ingenios más capaces ante futuros eventos —verbigracia, el quinto centenario de la muerte de Carlos V. Se propone en las siguientes páginas el análisis de ciertos episodios narrativos y pasajes digresivos de dos libros de caballerías, el *Libro primero* de Gabriel Velázquez de Castillo y el *Libro segundo de don Clarián de Landanís* de Álvaro de Castro, con la finalidad de resaltar el interés que presenta el género de los libros de caballerías del siglo XVI desde la perspectiva histórica. Se propone en definitiva una ampliación del *corpus* textual susceptible de estudio historiográfico. La dimensión «historiográfica» del estudio de estos dos libros de caballerías —y del género caballeresco áureo— pienso que ofrecería tanto al historiador como al filólogo una fuente indirecta de conocimientos históricos. Indirecta, bien porque los autores se sirven de su ficción para aludir veladamente a situaciones históricas coetáneas (las Comunidades de Toledo en el caso de Castro), bien porque recrean en la narración momentos del pasado histórico cuyo sentido final pudo remitir a los debates e intereses de su propio tiempo (la *traslatio imperii* en el caso de Velázquez de Castillo, o la dimensión de España en la política internacional de Carlos V en el *Libro segundo de don Clarián*). Si convencen los argumentos y se aceptan las conclusiones,

contaríamos con dos nuevas fuentes para intuir el ánimo con que dos autores del primer cuarto del siglo XVI reflejaron en la ficción ciertos acontecimientos históricos relacionados con la figura de Carlos V. Y esto, en definitiva, es Historia al tiempo que Historia de la Literatura.

No descuella ciertamente por su originalidad la relación establecida entre Carlos V y la literatura caballeresca. Son muchos y valiosos los estudios que historiadores y filólogos han dedicado a la impronta caballeresca de la corte borgoñona y al influjo que ésta ejerce en las poses, en las actitudes e incluso en la política imperial de Carlos V: Carlos era Duque de Borgoña y su educación se ahormó en los parámetros tradicionales borgoñones —una profunda piedad, devoción a los ideales de la caballería, estricto ceremonial de corte, etc. Es bien conocida la afición de Carlos por *Le chevalier délibéré* de Olivier de la Marche; se cuenta incluso que él mismo prosificó en español este poema alegórico caballeresco para allanarle al poeta Hernando de Acuña la versificación final¹. Otros libros de caballerías estrictamente españoles le sedujeron especialmente: tal el *Belianís de Grecia*, cuyo autor, Jerónimo Fernández, decidió continuar su obra en una tercera y cuarta partes, halagado por las noticias del contento del Emperador con sus dos primeras entregas².

En todos estos casos, el fiel de la balanza se ha inclinado del lado de la importancia del imaginario caballeresco, medieval o renacentista, en la personalidad de Carlos V y de su época. Mi propósito, sin embargo, pretende llamar la atención en un sentido inverso pero complementario: ¿reflejaron de alguna forma los libros de caballerías los sucesos históricos del siglo XVI? Recientes estudios abonan una respuesta afirmativa. Se han estudiado en el ciclo de los Palmerines y en el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva los reflejos literarios de sucesos y personajes históricos³; Francisco Delicado, en sus prólogos a las ediciones venecianas de los Palmerines, gustaba de tender puentes entre realidad y ficción caballeresca ofreciéndole al lector claves de lectura histórica —un mecanismo de captación de lectores que antecede a las prácticas de la novela pastoril⁴. Son numerosos los que analizan las conexiones entre ficción e historia centrándose en la primera hornada de libros de caballerías del siglo XVI y el reflejo especular que

¹ Sobre esa influencia borgoñona, véanse Carlos Clavería, «*Le chevalier délibéré*» de Olivier de la Marche y sus versiones españolas en el siglo XVI, Zaragoza: Institución «Fernando el Católico» & C.S.I.C., 1950, págs. 37-40, 43, 47-48, y Manuel Fernández Álvarez, *Política mundial de Carlos V y Felipe II*, Madrid: C.S.I.C., 1966, págs. 23, 29-30; sobre la prosificación en español del poema alegórico caballeresco de Olivier de la Marche, de nuevo C. Clavería, *Le chevalier délibéré*, págs. 61-67.

² Henry Thomas, *Las novelas de caballerías españolas y portuguesas*, Madrid: C.S.I.C., 1952, pág. 115, n. 6.

³ Mari Carmen Marín Pina, «La historia y los primeros libros de caballerías españoles», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. Juan Paredes, Granada: Universidad de Granada, 1995, 4 vols., III, págs. 183-192.

⁴ Recoge y comenta los prólogos Elisabetta Sarmati, *Le critiche ai libri di cavalleria nel Cinquecento spagnolo (con uno sguardo sul Seicento). Un'analisi testuale*, Pisa: Giardini (Collana di testi e studi ispanici. II. Saggi), págs. 66-67.

ofrecen del período final del siglo XV⁵; sin embargo, tales son la capacidad de inserción de la historia en el entramado narrativo del libro de caballerías y la receptividad de sus autores que existen casos en que el desfase entre el hecho histórico —y las reacciones que suscita— y la fecha de publicación del libro es irrelevante⁶. Partiendo de estos acercamientos previos, véanse en las siguientes páginas de qué forma podrían relacionarse con la entronización de Carlos V en España y las Comunidades algunos episodios ficticios y pasajes digresivos presentes en el ciclo de los *Clarianes*.

ÁLVAR PÉREZ DE GUZMÁN Y LAS COMUNIDADES DE TOLEDO

El ciclo de libros de caballerías de don Clarián de Landanís está formado por cinco libros, estructurados en dos ramas distintas que parten del inaugural, el *Libro primero de don Clarián de Landanís* de Gabriel Velázquez de Castillo, publicado en 1518 (Toledo: Juan de Villaquirán)⁷. La primera de ellas está formada por la prolongación en un *Segundo libro de don Clarián de Landanís*, aparecido en 1522 (Toledo: Juan de Villaquirán), obra del médico judeoconverso Álvaro de Castro⁸. Una segunda rama se debe a la pluma de Jerónimo López, quien continuó el relato con tres nuevos libros, la *Segunda parte* (Sevilla: Juan Vázquez de Ávila, 1550), el *Libro tercero* (Toledo: Juan de Villaquirán, 1524) y

⁵ Juan Bautista Avalle-Arce, «El novelista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, alias de Sobrepeña», en *Dintorno de una época dorada*, Madrid: José Porrúa Turanzas, 1978, pág. 110; Rafael Ramos Nogales, «Para la fecha del *Amadís de Gaula*: 'esta sancta guerra que contra los infieles començada tienen'», *Boletín de la Real Academia Española*, 74 (1995), págs. 508-516; M. C. Marín Pina, «La historia», págs. 188-189; Nieves Baranda, «*Crónica del rey Guillermo de Inglaterra*». *Hagiografía, política y aventura medievales entre Francia y España*, Frankfurt am Main: Vervuert Verlag/Iberoamericana, 1997, págs. 33-34, y Javier Guijarro Ceballos, *El «Floriseo» de Fernando Bernal*, Mérida: Editora Regional de Extremadura (Colección Estudios, 11), 1999, págs. 205-216.

⁶ Anna Bognolo estudia la recreación de las tensiones mediterráneas del momento en el *Lepolemo* («La entrada de la realidad y de la burla grotesca en un libro de caballerías: el *Lepolemo, Caballero de la Cruz* [Valencia, 1521]», en *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, ed. Juan Paredes, Granada: Universidad de Granada, 4 vols., 1995, I, págs. 373-374) y Alberto del Río Noguera comenta la presentación en clave narrativa de las pretensiones españolas al reino de Nápoles en *Don Florindo* («El *Don Florindo* de Fernando Basurto como tratado de rieptos y desafíos», *Alazet*, 1 [1989], pág. 176). Las relaciones entre el *Libro primero de don Clarián de Landanís* de Velázquez de Castillo y su destinatario, Charles de Lannoy, uno de los objetos de nuestro estudio (véase *infra* el apartado «La 'nacionalización' del *Libro segundo de don Clarián*»), han sido apuntadas por Sylvia Roubaud («Calas en la narrativa caballeresca renacentista: el *Belianís de Grecia* y el *Clarián de Landanís*», en *La invención de la novela [Actas del Seminario Hispano-francés organizado por la Casa de Velázquez, Madrid, noviembre 1992-junio 1993]*, ed. Jean Canavaggio, Madrid: Casa de Velázquez, 1997, pág. 57). El pergeño que propongo en esta introducción tiene más cumplido desarrollo en la ponencia de la profesora Cuesta Torre, recogida en estas mismas actas.

⁷ Seguimos la edición moderna de Gunnar Anderson, *Clarián de Landanís*, Newark, Delaware: Juan de la Cuesta (Hispanic Monographs. Ediciones Críticas, 7), 1995.

⁸ Para la atribución de este libro de caballerías al médico Álvaro de Castro, véase la introducción de mi edición del *Libro segundo de don Clarián de Landanís*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos (Los libros de Rocinante, 8), 2000.

la *Quarta parte de don Clarián* (Toledo: Gaspar de Ávila, 1528), todos ellos dedicados al rey Juan III de Portugal.

El *Libro segundo de don Clarián* de Álvaro de Castro está dedicado a «don Álvar Pérez de Guzmán, conde de Orgaz, alguazil mayor de Sevilla, señor de las villas de Santa Olalla y Polvoranca, etc»⁹. La vinculación del médico con la familia de Álvar Pérez de Guzmán se remonta al menos a las fechas en que Álvaro de Castro atendió de una grave dolencia a doña Isabel de Mendoza, esposa de don Esteban de Guzmán y Carrillo de Acuña y madre de Álvar Pérez de Guzmán¹⁰. Es muy probable que la vinculación del médico con los señores de Orgaz fuera bastante estrecha y no se limitara a esta curación puntual, si se tienen en cuenta la continuidad del servicio en la siguiente generación y un cierto grado de complicidad entre don Álvar y Álvaro de Castro, tal y como se desprende del prólogo del *Libro segundo de don Clarián*:

Una de las loables condiciones, muy magnífico señor, que los generosos e grandes señores pueden tener es el mandar a sus súbditos a cada cual en el oficio que sabe que le puede bien servir en él; e, con esto, el que sirve huelga en usar su oficio y el que recibe el servicio se satisface creyendo que está muy bien servido del tal servidor. Y, engañado en mí vuestra señoría y teniéndome en más reputación de lo que yo debo ser tenido, me mandó que una obra que ovo venido a sus manos que fue principiada por otro, y es la *Segunda parte del muy famoso cavallero don Clarián de Landanís*, de la cual no estaban aún escritas treinta hojas, que la acabasse yo, porque fue informado vuestra señoría que la avía llevado a Sevilla e a Valladolid e a Toledo, e a otras muchas partes, para que la concluyessen e nunca se halló quien en lo tal se pusiesse¹¹.

En cuanto a don Álvar Pérez de Guzmán, el destinatario del libro de caballerías de Álvaro de Castro, he espigado dos datos de interés para la argumentación de mi exposición: su presencia entre los enemigos de los comuneros de Toledo durante el conflicto de las Comunidades y la concesión del título de

⁹ A la casa de los Guzmán, originariamente andaluza, le pertenecían en esta época también los señoríos de Orgaz y Santa Olalla en Toledo. De estos dos, el más importante era el señorío de Santa Olalla, formado por la villa de Santa Olalla y los pueblos de Carriches, Domingo Pérez, Erustes, Lanchete, La Mata, El Otero, Techada y Valverde. En la *Cosmografía* de Fernando Colón se le atribuyen a la villa de Santa Olalla mil quinientos habitantes, frente a los cuatrocientos de Orgaz. Véanse Salvador de Moxó, *Los antiguos señoríos de Toledo*, Toledo: Publicaciones del Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, 1973, págs. 135-136, y Miguel Ángel Ladero Quesada, *Andalucía en el siglo XV. Estudios de historia política*, Madrid: CSIC & Instituto Jerónimo Zurita (Biblioteca «Reyes Católicos», Estudios, 14), 1973, págs. 17-18.

¹⁰ José-Carlos Gómez-Menor Fuentes, «Los manuscritos médicos de los maestros toledanos Álvaro de Castro y Diego Sobrino», en *Cuadernos de historia de la medicina española*, 13 (1974), págs. 19-20, n. 8.

¹¹ *Libro segundo de don Clarián*, «Prólogo». El sabor celestinesco del prólogo se estudia en Javier Guijarro Ceballos, «La Celestina y el *Libro segundo de don Clarián* de Álvaro de Castro», *Laurel*, 3 (2000), págs. 5-36.

primer Conde de Orgaz por parte de Carlos V en 1522¹². Joseph Pérez indica que el 13 de septiembre de 1521, la Comunidad de Toledo lanzó una proclama que incitaba a la venganza pública contra algunos traidores a las Comunidades como don Juan de Ribera, don Fernando de Silva, Juan Arias y los condes de Chinchón y de Orgaz, alentando además a la población al expolio de los bienes de estos traidores con la seguridad de que obrarían con una absoluta impunidad¹³. Por su parte, Salvador de Moxó subraya esa oposición entre el Conde y los comuneros:

[Álvar Pérez de Guzmán] tuvo dificultades con el movimiento comunero y recibió de Carlos V la dignidad de primer conde de Orgaz [...]. Sabemos que el señor de Orgaz no militó en el bando de las Comunidades, que tuvo en Toledo su gran centro propulsor, sino que, por el contrario, tuvo dificultades en el interior de su estado, donde se gestaba cierto movimiento antiseñorial, favorecido por la gran ciudad, que esperaba integrar a Orgaz en su jurisdicción concejil¹⁴.

Estos dos historiadores tienden con sus comentarios el puente que une causalmente la enemistad de Álvaro Pérez de Guzmán y los comuneros de Toledo con la concesión real del título de Conde de Orgaz. Sin embargo, en el estudio de Joseph Pérez se documenta la inclusión de Álvaro Pérez de Guzmán en la lista de comuneros condenados a muerte el 15 de octubre de 1521, elaborada por los alcaldes Herrera, Leguizano y Briviesca, y la posterior conmutación de la pena¹⁵. Este paso no deja de resultar paradójico: de enemigo de los comuneros toledanos en septiembre a comunero condenado a muerte en octubre. La oposición a la Comunidad de Toledo no implica necesariamente la defensa de los intereses de Carlos V y sus partidarios, pues los datos que aporta Moxó mencionan exclusivamente un conflicto señorial entre los intereses particulares del Conde y los propósitos anexionistas de los insurrectos toledanos. Sin embargo, parecería lógico asociar el conflicto del Conde de Orgaz con las Comunidades y el ennoblecimiento otorgado por Carlos V, materializado en la concesión real del título de conde. ¿Cómo explicar entonces su aparición entre los comuneros condenados a muerte?

Me pregunto si algunos pasajes del *Libro segundo de don Clarián* no podrían aportar alguna luz sobre esta aparente contradicción. Son varios los episodios

¹² Fecha que acerca extraordinariamente la redacción del «Prólogo» a la publicación de la obra en 1522, puesto que en la dedicatoria se menciona ya esta dignidad concedida a don Álvaro Pérez de Guzmán.

¹³ Joseph Pérez, *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid: Siglo XXI, 1977, pág. 366.

¹⁴ S. de Moxó, *Los antiguos señoríos de Toledo*, pág. 136, n. 50.

¹⁵ Pérez, *La revolución de las Comunidades*, págs. 476, 589.

ficticios de los que brotan comentarios del autor o de los personajes sobre la fidelidad y la traición. En algunos de ellos es muy difícil discriminar si se trata de formulaciones tópicas del elogio del súbdito fiel, o bien se presentan a modo de alusiones indirectas a los episodios de las Comunidades inmediatamente precedentes¹⁶. En cualquier caso, la presencia recurrente de este tópico connotaría también una creación (y lectura) condicionada por los acontecimientos coetáneos. Durante el amplio segmento narrativo dedicado en este libro de caballerías a la campaña militar de Suecia (caps. 1-21), los ciudadanos de la villa de Roderín defienden valientemente el partido del rey sueco Lantedón y de su hijo don Clarián:

Los paganos recibían mortal daño de los del muro, donde avía hombres y mugeres, en cuyo femenino ánimo *la lealtad, sin la cual en ninguno puede aver virtud*, avía puesto esfuerzo para que otras vezes así lo oviessen fecho¹⁷.

Una vez descerca la ciudad don Clarián, la visión panorámica que ofrece el narrador de los ciudadanos de Roderín dramatiza el elogio de su fidelidad mediante la descripción de las penalidades sufridas:

Hombres y mugeres avía muchos con armas, así como ellas aquel día e otros muchos sobre la muralla avían estado ayudando a sus maridos e hijos a sostener aquella fidelidad que por los buenos y leales vassallos a sus señores es devida; *auto que fue por cierto mucho de loar en esta ciudad e lo sería en otra cualquiera que así lo hiziesse*. Don Clarián e aquellos preciados cavalleros descavalgaron de sus cavallos y començaron a llegar a le hazer reverencia los más principales de aquella compañía cuyas fazes, de la gran lazeria y hambre passada, la presente alegría ni la mucha abundancia de bastimentos que ellos ya tenían no les quitava de parescer muy disfigurados, como gente que avían pasado muy gran martirio e padesciera la muerte por sustentar la virtud, que así estavan determinados¹⁸.

Pero estas referencias, tal vez tópicas, a la fidelidad de los súbditos suecos, se cargan de significación cuando se aprecia cómo ambas menciones preludian una de las escasas digresiones moralizantes presentes en el *Libro segundo de don Clarián*, una larguísima y violenta diatriba del autor contra la traición y los traidores:

¹⁶ La fidelidad al rey constituye en palabras de Gladys I. Lizabe de Savastano un principio central de la tratadística caballeresca hispana medieval («El título XXI de la *Segunda Partida* de Alfonso X, patrón medieval del tratado de caballería hispánico», en *Evolución narrativa e ideológica de la Literatura Caballeresca*, ed. María Eugenia Lacarra, Bilbao: Universidad del País Vasco, 1991, pág. 95). Pero el tópico adquiere una relevancia especial en el *Libro segundo*.

¹⁷ *Libro segundo*, fol. 13v.

¹⁸ *Libro segundo*, fol. 15v.

Oíd pues e considerad agora de vuestro denuesto, desleales, los que la vandra del detestable Judas seguís, quebrantando e rompiendo la devida fe y omenage; fabricando e urdiendo muy grandes traiciones, con las cuales muchos reyes e grandes señores derribastes de sus propias sillas e a vuestras ánimas de aquella gloria que les estava ofrescida, en daño e ofensa de la natural patria. [...] Aunque en todos los otros yerros feos suele haver conocimiento e aun arrepentimiento, sola la traición es la que no se conosce e, si se conosce, no se arrepiente, estimándose por indigna de perdón, el cual muchas veces fallaría con la emienda.

[...] Esto assí juzgado, ya podéis considerar el digno galardón de vuestros méritos. Verdaderamente, ceguedad muy manifiesta es la vuestra, siendo entre la gente vulgar e de grueso juicio odiosos e aborrecibles, pensar de parecer bien a los príncipes e señores en quien la luz del entendimiento más resplandece —o de justa razón devría resplandecer— juntamente con la gran experiencia suya, por donde siempre les es dado mayor conocimiento en los hombres.

[...] Callando pues otras muy grandes bondades de particulares a este caso tocantes, comoquiera que, por ser aucto de virtud, esto de la ciudad de Roderín se podría traer en vuestro vituperio, desleales, por loable enxemplo —también, como al presente passasse e por nuestros ojos fuesse visto, de muchos otros hebidentes y más cercanos de villas e ciudades en nuestra España e fuera della se podría aquí hablar que se dexan.

[...] Y en fin, concluyendo con aquel dicho del muy claro e famoso Francisco Petrarca, es muy sabido que no cubre el sol más fea ni torpe cosa que el traidor. Por ende, gozaos, gozaos traidores, o entristeceos, míseros, se podría mejor dezir, que alañado es vuestro nombre del Cielo y escupido e pisado en la tierra como lo es el del diablo¹⁹.

Creo que esta larga invectiva contra los traidores y el elogio de la fidelidad de los ciudadanos de Roderín alude íntimamente a la personalidad y circunstancias del destinatario del *Libro segundo*. Se me antoja incluso un argumento de peso para plantear una hipótesis que explique la presencia, en principio contradictoria, de Álvaro Pérez de Guzmán entre los nobles enfrentados a los comuneros toledanos y, apenas un mes después, en la lista de condenados a muerte por su participación en las Comunidades. No he encontrado referencias al papel, activo o pasivo, que desempeñó el Conde de Orgaz en los sucesos históricos acontecidos en Toledo entre septiembre y octubre de 1521. Tal vez Álvaro de Castro, tan allegado a Álvaro Pérez de Guzmán, nos esté ofreciendo *sub specie fictionis* la explicación de esa presencia del enemigo de los comuneros toledanos entre los acusados por rebeldía contra Carlos V: una delación, una traición, que condujo al Conde de Orgaz al borde de una pena capital que le fue conmutada cuando el Emperador indultó a algunos nobles implicados en las

¹⁹ *Libro segundo*, fol. 15v.

Comunidades. Un estudio histórico más profundo y documentado avalaría o refutaría esta sugerencia; sirvan por el momento estos comentarios para señalar la presencia en un libro de caballerías como el *Libro segundo* de referencias más o menos explícitas a episodios históricos coetáneos y candentes, acompañadas por otros episodios en clave ficticia que los sugieren o recrean literariamente. A esta forma alusiva, implícita, de acercarse a la realidad histórica contemporánea dedicaré las siguientes páginas, partiendo del supuesto de que los ejemplos antedichos y la digresión moralizante de Álvaro de Castro pudieron ser interpretados en clave histórica por los lectores del libro, especialmente por Álgar Pérez de Guzmán, implicado directamente en los sucesos históricos anovelados.

La profesora Sylvia Roubaud destacó en un importante trabajo la recreación en clave ficticia en el *Lepolemo*, libro de caballerías atribuido a Alonso de Salazar, de un suceso histórico recogido por Fernando de Pulgar en sus *Claros varones de Castilla*. La recreación era evidente, pues existían incluso préstamos literales de la obra de Pulgar en el *Lepolemo*²⁰. Este testimonio de participación de lo histórico en el entramado narrativo de un libro de caballerías, apoyado en el caso de Alonso de Salazar con la inserción de fragmentos de una fuente histórica, ofrecía un ejemplo muy relevante de «historicidad», de reflejo de hechos históricos relativamente cercanos en el tiempo, que contrastaba con esa pretensa despreocupación del género por la plasmación de la realidad histórica. Sin embargo, los libros de caballerías áureos ofrecen ciertos afabulamientos históricos que denotan el interés de sus autores por la plasmación de la realidad coetánea, si bien ésta puede trasparecer de forma velada en la «historia», en el relato de las aventuras del caballero protagonista o de personajes secundarios. Acabamos de analizar la incidencia de la revolución comunera en la vida de Álgar Pérez de Guzmán y la hipótesis de que el *Libro segundo de don Clarián* aludiera a un capítulo oscuro de la biografía del Conde de Orgaz, la delación de un traidor y su inclusión entre los comuneros opuestos al emperador Carlos V (aparentemente injusta a la luz de los comentarios de Álvaro de Castro en la digresión moralizante que hemos resaltado y del indulto otorgado por el Emperador). Bajo este prisma, la situación que encuentran Riramón de Ganail —heredero legítimo al trono de Dacia— y su hermano don Clarián al llegar al reino de Dacia suscitaría el recuerdo de disturbios sociales cercanos en el tiempo:

E salidos de la ciudad de Landanís primero día de hebrero, guiaron la vía del reino de Dacia [...]. Mas como el conde d'Arnís oviesse dibulgado por todo aquel

²⁰ «La transposición al Caballero de la Cruz [el *Lepolemo*] del relato de Pulgar es tanto más digna de atención cuanto que ofrece una prueba fehaciente del manejo de fuentes históricas por un autor caballeresco (fenómeno intuido hace tiempo, pero del que, salvo rarisimas excepciones, casi no se han descubierto ejemplos hasta ahora). Las novelas catalanas, *Tirante el Blanco* y, en menor grado, *Curial y Güelfa*, son las únicas cuyo transfondo histórico ha podido evidenciarse» («Cervantes y el *Caballero de la Cruz*», *NRFH*, 1990 [38], pág. 540, n. 36).

reino assí de la gran fortaleza de don Clarián y de sus cavalleros como de la benignidad e mesura que en él y en ellos avía, teníanle muchos grande afición; y también porque muchos de los antiguos de aquel reino sabían que no le poseían ligítimamente los que agora reyes dél se llamavan, assí que, por la una cabeça y por la otra, se movieron a vandos en el reino, que unos siguían al conde d' Arnis y se llamavan los «darnisos», e los otros eran de la parte del duque de Bastera e llamávanse los «basteros». Y esto causávalo que el príncipe que a la sazón era quedara de diez años quando su padre murió en la guerra, como arriba se dixo. Assí que, como en la ciudad oviesse estos vandos también como en todo el reino, travóse entr'ellos una gran contienda, que los darnisos dezían que, pues allí venía príncipe heredero más ligítimo que no el que agora tenían, que a él se darían de buen grado. Los basteros dezían que ellos no conoscían otro heredero del reino sino el que agora tenían y que no tomarían otro, y por él murirían ellos e sus hijos. Assí que a esta causa era muy grande la contienda que en la ciudad avía²¹.

Estos pasajes históricos afabulados se sitúan ciertamente en un tiempo muy vago y distante. El marco histórico de la ficción clarianesca quedó perfilado en sus líneas básicas en la obra inaugural del ciclo, el *Libro primero de don Clarián* de Gabriel Velázquez de Castillo. La presencia de Focas, Eraclio y Cosdroe²², o del rey godo Recaredo (que aspiraba al matrimonio de su hijo Loyba —el Luyba de las crónicas alfonsíes— con Gradamisa, la hija del emperador del Sacro Imperio, Vasperaldo de Alemania) nos permiten situarlo entre los siglos VI y VII²³. La presencia en el *Libro segundo* de Vasperaldo, Focas, Cosroes y Heraclio y la recreación en clave anovelada de algunos conflictos históricos que los enfrentaron deriva en buena parte de las líneas narrativas esbozadas en el *Libro primero* de Velázquez de Castillo; se desarrollan por Álvaro de Castro sin una pretensión estricta de historicidad, pues, como sucede con algunos libros de caballerías, el tiempo pseudohistórico en que inserta su relato pretende en primer lugar conferirle a la ficción narrativa su imprescindible soporte temporal; en segundo lugar y en menor medida, presentar acontecimientos que susciten en el lector reminiscencias de hechos coetáneos. Sin embargo, el mecanismo novelesco del distanciamiento histórico, general en los libros de caballerías de esta época, no excluye la

²¹ *Libro segundo*, fols. 53v-54r.

²² Respectivamente, los emperadores bizantinos Focas de Grecia y Heraclio I y el rey persa Cosroes II.

²³ Sobre los episodios relativos a la traición de Focas de Grecia, a las guerras entre el imperio de Oriente de Heraclio y los persas de Cosroes, véanse los comentarios de Mexía en la *Silva de varia lección*, ed. Antonio Castro, Madrid: Cátedra (Letras hispánicas, 264, 288), 2 vols, 1989-1990, II: Libro cuarto, cap. 17, págs. 466-481, y I: Libro primero, cap. 13, págs. 276-291. Algunos de estos sucesos coinciden cronológicamente con los reinados de Recaredo, su hijo Luyba y Viterigo en España, según las concordancias históricas de la *Primera crónica general* de Alfonso X el Sabio; por ejemplo, la entronización de Focas de Grecia, después de matar al emperador Mauricio y sus hijos, la muerte de Focas y la fundación de la dinastía de los Heráclidas (*Primera crónica general de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289*, ed. Ramón Menéndez Pidal, Madrid: Seminario Menéndez Pidal & Gredos, 2 vols, 1955, I, págs. 264-267).

posibilidad de sugerir alusivamente problemas o situaciones de actualidad, reconocibles al través de la lectura²⁴. Se trata de una forma especial de historicidad, de «realismo» histórico.

La velocidad de asimilación de los episodios históricos en la ficción del libro de caballerías permite a sus autores y al género en sí la recreación de sucesos cercanos; entre ellos, el conflicto de las Comunidades. Las alusiones a las Comunidades en clave ficticia informan tanto de las polémicas que se suscitaron en España al tiempo de la entronización de Carlos V (esto es, las tensiones sociales y políticas que desencadenaron las Comunidades) como del impacto duradero que tuvieron estos sucesos en años posteriores²⁵. En 1522, año en que la política de Carlos V con respecto a la presencia y participación del reino de España en el Imperio aún vacilaba, ciertos comentarios y situaciones narrativas presentes en el *Libro segundo de don Clarián* se ofrecen a modo de proposición implícita en un tiempo de expectativa.

EL «NACIONALISMO» DEL «LIBRO SEGUNDO DE DON CLARIÁN»

Uno de los libros de caballerías españoles que ha recibido mayor atención, por lo que se refiere a la presentación velada de acontecimientos históricos, es la continuación castellana original de 1534 del *Tristán de Leonís*. Con una orientación que suscribimos en nuestro trabajo con respecto al *Libro segundo de don Clarián* y a otros libros de caballerías, Cuesta Torre ha destacado que el autor de esta continuación, el *Tristán el Joven*, construyó su relato caballeresco teniendo en cuenta las circunstancias de su tiempo²⁶. Esta continuación original del *roman* francés presenta curiosas analogías entre la personalidad y vivencias del protagonista y la biografía

²⁴ «Esta falta de verosimilitud obedece en muchas ocasiones a un deseo consciente o involuntario de acomodación del relato a la realidad, al contexto histórico, un contexto que se filtra por todas las aventuras impregnando su sentido con la ideología política de sus autores y de las clases dominantes» (M. C. Marín Pina, «La historia», pág. 184).

²⁵ Es posible que este mecanismo alusivo esté condicionado también por la «censura» de Carlos V contra los comuneros, incluso cuando el planteamiento narrativo del libro de caballerías presentaba encubiertamente un elogio de la política carolina, como sucedía con algunas alusiones implícitas del *Baldo* destacadas por Alberto Blecua («Libros de caballerías, latín macarrónico y novela picaresca: la adaptación del *Baldus* [Sevilla, 1542]», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 34 [1971-1972], págs. 147-239). Sostiene Manuel Fernández Álvarez que «puede afirmarse que la prevención de Carlos V contra los comuneros duró lo que su vida. A ello responden las obras del Alcázar de Toledo, que aumentando la fuerza de aquel bastión mantuviese sujeta la altiva ciudad, y algunas otras medidas que se observan a lo largo de su reinado. Así, todavía en 1552, cuando da las Instrucciones a su hijo Felipe II de cómo habían de venderse hidalguías para atender a los gastos de la guerra con Francia, en la empresa de Metz, le señala que no había de vender ninguna a hijo ni nieto de persona ecebtada en lo de las alteraciones pasadas de la comunidad» (*La España del emperador Carlos V [1500-1558; 1517-1556]*, Madrid: Espasa-Calpe [Historia de España dirigida por Ramón Menéndez Pidal], vol. 17, pág. 19).

²⁶ María Luzdivina Cuesta Torre, «Libros de caballerías y propaganda política: un trasunto novelesco de Carlos V», en *Mundos de ficción (Actas del VI Congreso de la Asociación Española de Semiótica)*, Murcia: Universidad de Murcia, 1996, pág. 553.

de Carlos V. Eiserle, cuya interpretación glosa Cuesta Torre, ya señaló algunas de estas similitudes y planteó que la recreación literaria del *Tristán el Joven* de 1534 ofrecía una contrapartida ideológica a los acontecimientos que desembocaron en el conflicto de las Comunidades y una crítica velada al Emperador.

En este libro de caballerías, el gobernante permanece en su reino, se preocupa del bienestar de sus súbditos, respeta los consejos de los sabios y se apoya en la lealtad de sus familiares. El reverso de este gobernante modélico sería Carlos V, al que se le criticaron su desconocimiento del español, sus largas estancias fuera de España, su poco hábil política nepotista, la imposición de elevados tributos y el desinterés por las reclamaciones de los representantes del pueblo. De esta forma, bajo referencias veladas o mediante el desarrollo narrativo de los planteamientos episódicos y las caracterizaciones de los personajes, «el autor entabla con el lector un juego psicológico, pretendiendo capturarle en una red de sugerencias implícitas en el mismo desenvolvimiento de la novela». La autora, sin embargo, considera que estos mismos planteamientos ficticios del *Tristán el Joven* pueden interpretarse de forma opuesta a la que postula Eiserle, puesto que en 1534 se ha producido un giro notorio en la política de Carlos V, a raíz precisamente de la guerra de las Comunidades, y el texto refleja —y celebra encomiásticamente— esa reorientación política²⁷.

Las interpretaciones de Eiserle o de Cuesta Torre se basan idénticamente en el mecanismo alusivo al que vengo aludiendo en este trabajo, aunque difieren en el valor ideológico que manifiestan en la ficción según sus exégetas: una crítica velada (Eiserle) o un panegírico laudatorio del gobierno carolino (Cuesta Torre). La distinta interpretación de ambos autores reposa en cierta medida en la importancia otorgada a ese supuesto «giro hispánico» en la política imperial de Carlos V. Según la interpretación de Menéndez Pidal, en torno a 1522-1527 se produjo una «hispanización» de la política carolina, corrección de algunos de los errores que provocaron el alzamiento de las Comunidades²⁸.

²⁷ M. L. Cuesta Torre, «Libros de caballerías y propaganda política», la cita en pág. 554.

²⁸ En el pensamiento de Menéndez Pidal, la «hispanización» define esencialmente la inspiración hispana de la idea imperial de Carlos V; obedece al intento pidaliano de insertar el período carolino en su concepto de Historia de España, de tal forma que se superara el hiato que la historiografía decimonónica había creado entre los Reyes Católicos y la monarquía de Felipe II. Así pues, la definición de «hispanización» de Carlos V como una evolución de sus costumbres e ideas políticas al entrar en contacto con sus reinos de España sólo atiende sesgadamente al relieve total del fenómeno descrito por Menéndez Pidal (José Martínez Millán, «Para un estudio del Imperio de Carlos V a través de la corte», en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, ed. Fernando Villaverde, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2000, págs. 328-329). Resulta evidente de nuestros comentarios que el concepto que manejamos de «hispanización» de Carlos V se ciñe a la dimensión banalizada y restringida de la idea pidaliana: 'evolución de las costumbres e ideas políticas de Carlos V al entrar en contacto con sus reinos de España'. Ofrecen abundantes referencias bibliográficas sobre esta «españolización» o «hispanización» M. Fernández Álvarez, *Política mundial*, págs. 54-58, y C. Clavería, *Le chevalier délibéré*, pág. 42, n. 24, y «En torno a la intimidad y el borgoñismo de Carlos V», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1959 (113), págs. 93-117. Sus comentarios ejemplifican la distinta consideración de la incidencia hispana en la política imperial: decisiva para unos (Fernández Álvarez), igual o menor a la ejercida por el origen borgoñón del Emperador y sus intereses dinásticos europeos (Clavería).

Asumida esta posición historiográfica, la actuación de Tristán no hace más que sancionar el cambio efectivo que se produjo en el gobierno de Carlos V (sería pues un reflejo narrativo de una realidad coetánea, como sostiene Cuesta Torre). Sin embargo, esa hispanización carolina es matizada —cuando no puesta en tela de juicio— por otros historiadores, que relativizan el peso específico del reino de España en el mapa de intereses imperiales de los Habsburgo. Desde este enfoque histórico, la propuesta del *Tristán el Joven* estaría preñada de críticas veladas a la política imperial, puesto que esa supuesta hispanización correctora de errores pasados no se produjo, o no lo hizo con la intensidad resaltada por Menéndez Pidal (se trataría pues de una ucronía, con crítica implícita a Carlos V y a la política errónea que condujo a las Comunidades).

Este preámbulo es importante para contextualizar un pasaje muy interesante de la obra de Álvaro de Castro, en el que dialogan a tres voces el emperador de Alemania, Vasperaldo, el príncipe sueco, don Clarián de Landanís, y el caballero español Espinel de Claraboy. Apenas anunciarse la inminente batalla entre las tropas persas y las imperiales alemanas, un grupo escogido de caballeros españoles (todos ellos de noble sangre goda) decide partir en socorro de la cristiandad y con el secreto deseo de conocer al afamado don Clarián. Cuando estalla el combate, su participación en la guerra es tan destacada, su protagonismo tan evidente, que uno de ellos logra la hazaña de prender al mismo rey Cosdroe de Persia y matarlo, hecho determinante en la victoria final del ejército imperial. Poco después, don Clarián presenta a Vasperaldo al valiente Espinel de Claraboy:

—Soberano señor, dad gracias a este alto cavallero por el gran servicio que oy os ha fecho, que sabed que si con imperio quedáis desta hecha, este buen cavallero es la causa dello.

El Emperador e los que con él estavan no entendían aquellas palabras por qué las dezía, porque no avían aún sabido cosa de lo que avía fecho. Y el Emperador dixo:

—Por cierto, a él e a todos quantos aquí son só yo en mucho cargo e los que de mí vinieren.

Don Clarián le dixo:

—A éste más que a ninguno.

—¿Por cuál causa? —preguntó el Emperador.

Don Clarián le dixo:

—Porque éste por su sola mano mató al rey de Persia, defendiéndole la llegada más de veinte mil lanças e otras tantas espadas.

El Emperador como lo oyesse, abraçándole le dixo:

—¡*Santa María valme, e d'España me estava a mí profetizado tanto bien!*

Espinel le dixo:

—*Señor, no menos servidores tenéis vos en España que en Alemania, pues vuestro gran estado e merecimiento lo obliga.*

El Emperador le echó los braços encima e le dixo:
—*Assí es ya mayor la deuda que devo a España que Alemania*²⁹.

Son evidentes las resonancias que pudo alcanzar semejante diálogo en el ánimo de Álvarez Pérez de Guzmán, o de cualquier toledano de entonces. Sin forzarlo pues a un comentario historicista desenfocado, las alusiones a la presencia activa de los caballeros españoles, el agradecimiento de Vasperaldo a España o la constatación de que el Emperador cuenta con tantos servidores en España como en Alemania reflejan unas inquietudes históricas de enorme actualidad en la Toledo de 1522. En el caso del libro de caballerías *Tristán el Joven*, la fecha de su publicación (1534) aleja un tanto la narración de ciertos episodios de los sucesos históricos a los que bien pudieron aludir veladamente; además, el sentido verdadero de la propuesta implícita de su autor debe relativizarse en virtud de las distintas opiniones que los historiadores han emitido sobre esa presunta hispanización de Carlos V a que nos acabamos de referir. Por el contrario, este diálogo del *Libro segundo de don Clarián* se sitúa en un año (1522) en el que me parece evidente el sentido de propuesta implícita que ocultaba el pasaje: la defensa del protagonismo hispano en la política imperial y de una estrecha dependencia del Emperador con respecto a un reino como el español que, en definitiva, era uno más entre otros que afectaban a la política de los Habsburgo. El diálogo es pues una llamada de atención ante el temor de que los reinos de España desempeñasen un papel secundario en la política carolina.

Pienso que esta postura ideológica envuelta en la ficción es la que puede además explicar un rasgo muy novedoso de la obra de Álvaro de Castro, descolante cualitativamente frente a los demás libros de caballerías de esta primera época, cuantitativamente frente a toda la producción caballeresca áurea en lo que alcanzo a conocer: la presencia de caballeros españoles en la historia (en una palabra, si se me permite la expresión, el «nacionalismo español» del *Libro segundo de don Clarián*). Hasta ese momento, ningún libro de caballerías concedió tan especial protagonismo a los caballeros españoles. En el *Amadís de Gaula*, su presencia se agota prácticamente con la inserción de Brian de Monjaste en el relato y con una referencia al valor guerrero de los españoles³⁰. Brian, mencionado también en *Las sergas de Esplandián* (1510), reaparece en el *Lisuarte de Grecia* de Feliciano de Silva haciendo desfilar a sus tropas en Toledo ante la inminente batalla con el Miramamolín de Marruecos, un ejército del que forman parte el Conde de Mérida, el Duque de Vizcaya y el Duque de Cantabria³¹. Este caballero, desde el *Amadís de Gaula*, aparece caracterizado en su españolismo

²⁹ *Libro segundo*, fol. 94r.

³⁰ Garcí Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, ed. Juan Manuel Cacho Bleuca, Madrid: Cátedra (Letras hispánicas, 255-256), 1987-1988, 2 vols., I, pág. 905, y II, pág. 1475.

³¹ Feliciano de Silva, *Lisuarte de Grecia*, Sevilla: Jacobo y Juan Cromberger, 1525, fol. 95r.

por una habilidad especial para los donaires y la facecia, como señala Cacho Blecua³²: son precisamente ésas las virtudes que hereda su hijo Lispán, «que era mancebo bien sabido y de lindos donaires y en todo parecía al bueno de don Brian de Monjaste, su padre, que, según esta grande historia lo ha deviado en el *Quarto libro*, era un cavallero muy señalado en las armas e muy polido e dezidor en sus hablas»³³. En el *Palmerín de Olivia*, la escasa relevancia de la caballería hispana queda además connotada negativamente, puesto que España figura como enemiga del imperio de Alemania y por ende opuesta a las amistades y parentelas del héroe, Palmerín³⁴. En un libro de caballerías posterior, Javier Gómez-Montero ha destacado el mayor interés que se concede a los elementos patriótico-nacionalistas en la adaptación de Jerónimo Aunés del *Morgante* (1533) frente al hipotexto de Pulci³⁵, y José Manuel Lucía Megías la proliferación de los caballeros españoles en los libros de caballerías tardíos, bien sean protagonistas de los libros o personajes con mayor o menor presencia en el texto: don Belíster de España en el *Florambel de Lucea* (1532), el *Cristalián de España* de Beatriz Bernal (1545), Rosidián de España en *Flor de caballerías* (ca. 1599), el Príncipe de España o el rey de España Ophranio en *Mexiano de la Esperanza*, o el propio *Claridoro de España*³⁶, a los que pueden unirse la inopinada irrupción de los caballeros godos españoles en el *Espejo de príncipes y cavalleros* (1555) de Ortúñez de Calahorra³⁷, o los caballeros Resistel de España, Betisel de Avandalia y Almerín de Cantabria en el *Felixmarte de Hircania* de 1556³⁸.

Nada comparable, sin embargo, con el amplio ciclo narrativo que se les dedica a los caballeros godos españoles en el *Libro segundo de don Clarián* a partir del capítulo 38. Poco antes de entrar en combate contra los persas, don Clarián se topa con veinticuatro caballeros españoles que han acudido al campo de batalla, animados por la posibilidad de conocerlo y movidos por la bula del papa Inocencio II (también se desplaza a Alemania un ejército español capitaneado por Gridolfos de Lara, condestable del rey León de España). Desde el primer momento, combaten al lado del príncipe sueco, destacando sus hazañas entre la «internacional caballeresca» que milita en las tropas imperiales.

³² G. Rodríguez de Montalvo, *Amadís de Gaula*, II, pág. 1326, n. 4.

³³ Juan Díaz, *Lisuarte de Grecia*, Sevilla: Jacobo y Juan Cromberger, 1526, fol. 8v.

³⁴ *Palmerín de Olivia*, ed. G. Di Stefano, *Studi sul Palmerín de Olivia*, Pisa: Università di Pisa, 1966, 3 vols., I, pág. 561.

³⁵ Javier Gómez-Montero, *Literatura caballeresca en España e Italia (1483-1542). El «Espejo de caballerías» (Deconstrucción textual y creación literaria)*, Tübingen: Max Niemeyer, 1992, pág. 4.

³⁶ José Manuel Lucía Megías, «Libros de caballerías manuscritos», *Voz y Letra*, 7/2 (1996), págs. 61-126.

³⁷ Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y cavalleros*, ed. Daniel Eisenberg, Madrid: Espasa-Calpe (Clásicos Castellanos, 193-198), 1975, 6 vols., V, pág. 258.

³⁸ Rosario Aguilar, *Felixmarte de Hircania*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos (Guía de Lectura, 55), 1998, págs. 27, 29, 44.

En un capítulo posterior, Espinel de Claraboy, en compañía de sus compañeros godos Gridolfos de Lara, mosén Clavor Datramolla y micer Garellán Delpo, penetra en las filas enemigas y prende al rey Cosdroe; su proeza se recompensa con la corona del reino de Gociana (caps. 38-42). Renaldo de la Salda evita poco después la muerte de Vasperaldo, frustrando un intento de magnicidio (cap. 43). Micer Garellán y otro caballero español, mosén Escabrel, liberan al conde Gufret de Peraça y a su hija Bricencia (caps. 46-47), un servicio que Vasperaldo elogia tanto como el que poco después realiza don Doliardo Cancel (cap. 47), que endereza el tuerto que cometen tres crueles jayanes que impiden el paso franco de un puente. Valeriano del Ojo Blanco, conde de Asta, caballero godo español, socorre a Delfanje de Avandalia en sus tierras, somete los ducados rebeldes a la autoridad imperial y restablece en el trono imperial a Eraclio (caps. 48-52). Sólo la exitosa *Crónica sarracina* de Pedro del Corral alienta ese aire de protagonismo nacional godo³⁹. Existe, sin embargo, una diferencia sustancial entre ambos textos: el goticismo hispano de la *Crónica* es el propio de la España gótica; el nacionalismo español del *Libro segundo de don Clarián* —marcadamente gótico— se presenta volcado al exterior, especialmente decantado por la participación activa en la política imperial del emperador Vasperaldo del Sacro Imperio Romano Germánico. Este escueto y desabrido repaso da idea de la cantidad y calidad de los caballeros españoles que participan en el *Libro segundo de don Clarián*. La estima que logran estos godos entre don Clarián, don Galián o Vasperaldo se manifiesta desde sus primeros hechos hazañosos. Don Clarián considera providencial su presencia en la batalla:

—Buenos señores, pues que Dios tuvo por bien que a tal tiempo me juntasse Dios con tan noble compañía, bien creo que es porque Dios quiere oy encaminar por la vuestra mano la victoria de los nuestros christianos, por lo cual os pido que me levedes en la vuestra compañía, que yo quiero ver este día la flor de España cómo vence⁴⁰.

Ante el acoso que sufre el emperador Vasperaldo por el Rey de Mesopotamia,

don Clarián llamó a sus españoles e díxoles:

—Aquí, señores, es tiempo de mostrar quién sois, que sabed que éste es el Emperador.

³⁹ Para la relación de la *Crónica sarracina* con las teorías neogoticistas del siglo xv, véase Juan Manuel Cacho Bleuca, «Los historiadores de la *Crónica Sarracina*», en *Historias y ficciones. Coloquio sobre la literatura del siglo xv*, ed. R. Beltrán, J. L. Canet & J. L. Sirera, Valencia: Universitat de València, Departament de Filologia Espanyola, 1990, págs. 45-46. S. Roubaud («Calas en la narrativa caballeresca renacentista», págs. 63-64, 89-90) ha reparado también en el valor de estos elementos patrióticos del *Libro segundo de don Clarián*, destacando además la importancia de este rasgo en una obra editada ese mismo año de 1522 (el *Clarimundo* de João de Barros) y en el posterior *Belianís de Grecia* de Jerónimo Fernández.

⁴⁰ *Libro segundo*, fol. 86r.

Luego se le pusieron al lado e don Clarián le dixo:

—¡Señor, esforçad e catad que tenéis al lado la flor de España, que basta para dar fin a toda esta batalla!⁴¹.

El mismo don Clarián, espejo de caballeros, proclama las hazañas de los caballeros godos:

E luego que don Clarián tuvo descercados a sus hermanos, yendo en seguimiento de los cercadores iba diziendo en alta voz:

—¡Victoria por España que tan bien lo haze!⁴².

Concluida la batalla contra los persas con una victoria aplastante de los imperiales, ¿podía esperarse otra respuesta del emperador Vasperaldo que no fuera ésta?:

Ya que ovo hablado con aquellos príncipes e señores, llamó a los nuevos compañeros de don Clarián que de España vinieran. E informado de las hazañas cosas que aquel día avían fecho e sabiendo ser todos de la limpia sangre de los godos que en España reinado avían, hablólos a todos muy bien e recibiólos por suyos en el número de sus escogidos e preciados cavalleros⁴³.

LA «NACIONALIZACIÓN» DEL «LIBRO SEGUNDO DE DON CLARIÁN»

He repasado brevemente algunos libros de caballerías con la intención de resaltar la presencia de caballeros españoles en el *Libro segundo de don Clarián*. Excluí de la serie deliberadamente el *Libro primero de don Clarián* de Gabriel Velázquez de Castillo, pues en la confrontación de los libros de Álvaro de Castro y Velázquez de Castillo trasparecerá a mi entender la divergencia ideológica de ambos autores en cuanto al tema del nacionalismo hispano. El *Libro primero*, obra fundacional del ciclo, está dedicado a un personaje eminente de la corte de Carlos V: Charles de Lannoy, señor de Santzeilles, Erquelines y Maingoval, miembro del consejo privado y Caballerizo Mayor del joven duque Carlos de Borgoña en 1515 y caballero del Toisón de Oro en 1516, uno de los nobles borgoñones que formaban parte del núcleo de la corte al inicio del reinado de Carlos V y que se desplazó con su señor a España en 1517. Si ya era prestigiosa la reputación de Lannoy por los años de publicación del *Libro primero de don Clarián* —como atestigua el «Prólogo» de este libro de caballerías que se reproduce a continuación—, los designios políticos de Carlos V lo enaltecieron aun más; desde 1519, el nuevo Emperador le había prometido alguno de los Siete Oficios del reino de Nápoles que quedase vacante. Sin embargo, las expectativas

⁴¹ *Libro segundo*, fol. 86r.

⁴² *Libro segundo*, fol. 86v.

⁴³ *Libro segundo*, fol. 87r.

de Lannoy de beneficios honoríficos y económicos en Italia se vieron colmadas con su nombramiento como virrey del reino de Nápoles en 1522, tras la muerte de Ramón Folch de Cardona, y como capitán general de las tropas imperiales en Italia desde 1523. Durante su virreinato, alcanzó la gloria militar en la batalla de Pavía con la derrota de Francisco I; el propio Lannoy recibió la rendición del soberano francés, en una victoria que fue inmortalizada por los tapices flamencos diseñados por Van Orley y recompensada por el emperador Carlos con la donación perpetua y hereditaria de la ciudad de Sulmona, con título de principado, en febrero de 1526⁴⁴.

Sylvia Roubaud ha señalado oportunamente que la elección del nombre de nuestro héroe, Clarián de Landanís, quizás no fuera fortuita. Se trataría de un guiño sobre las iniciales del destinatario Charles de Lannoy, en estricta correspondencia con el tono del «Prólogo» de esta obra, donde se plantea la historia de don Clarián como un trasunto fantaseado de la vida y hazañas de este importante personaje de la corte de Carlos V⁴⁵. El elogio de las virtudes caballerescas de Lannoy en el «Prólogo» y la confianza de lo que aparenta ser un sobreentendido («las burlas cesando»), tal vez nos informe de un conocimiento más estrecho entre Velázquez de Castillo y Lannoy del que permite deducir la tópica del prólogo en los libros del Siglo de Oro. ¿Pudo conocer Velázquez de Castillo a Charles de Mingoval cuando sostuvo este último, junto a otros tres mantenedores, una empresa en pleno mercado de Valladolid en 1517?⁴⁶

Pues ésta es obra de cavallería, ¿a quién puede ser assí justa y devidamente endereçada como a vos, ilustre y muy magnífico señor Charles de Mingoval, mussiur de Sanzela, etc?, que tan grandemente en la facultad que en los tiempos de agora es dada della avéis usado e usáis, siendo cierto que, si en el presente tiempo que posseemos fuesse avida por costumbre loable la manera que los excelentes varones antiguos solían acostumar en el exercicio de las armas, no siendo puesto más impedimiento a las voluntades que a ellos se lee que les era, con el que más digno e merescedor de loor dellos fue sería vuestra señoría igualado, dando muy claro testimonio de ser assí esto la gran gracia, desemboltura, ligereza y denuedo que vuestra señoría en el exercicio de las armas tiene, lo cual mostráis e avéis mostrado bien abierta e conosciadamente

⁴⁴ Karl Brandt, *Carlos V: vida y fortuna de un imperio mundial*, México: FCE, 1993, págs. 29, 42, 62-63, 136, 173, y Carlos José Hernández Sánchez, «El reino de Nápoles y el dominio de Italia en el Imperio de Carlos V», en *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, ed. Fernando Villaverde, Madrid: Fundación Carlos de Amberes, 2000, págs. 119, 121, 137-142.

⁴⁵ «Calas en la narrativa caballerisca renacentista», pág. 57.

⁴⁶ Laurent Vital (*Relación del primer viaje de Carlos V a España*, introducción Tomás Maza Solano, edición y traducción de Bernabé Herrero, Madrid, 1953), que relata las fiestas caballerescas celebradas en Valladolid en 1517-1518, da cuenta del tono deportivo de la empresa («noble pasatiempo», pág. 243), de su función («mantener el noble oficio de las armas [...] deseando ganar honor y seguir a sus antecesores en obras caballerescas y virtuosas», pág. 243) y del destacadísimo lugar que ocupó el Señor de Sanzeilles, Charles de Lannoy (págs. 245-255).

en los torneos, justas, passos e otras cosas en que os avéis hallado, en todo lo cual os traéis e avéis avido con tanta gracia y ventaja sobre otros que da causa a que de los estraños de vuestra nación seáis loado y se os dé renombre. Pues las burlas cessando, vuestra persona se ha mostrado tan valerosa en las batallas, reencuentros e otras cosas que se os an offrescido que abiertamente hazéis verdadero lo que arriba tengo dicho⁴⁷.

Encubra o no un cierto grado de complicidad y confianza de trato entre el autor y Lannoy, parece indudable que tanto el tono de este «Prólogo» —y las virtudes caballerescas que en el destinatario se ensalzan— como la brillante descripción de los torneos de Regis en Noruega (*Libro primero*, caps. 5-12) y de Colonia en Alemania (caps. 42-52), contienen «no pocas claves contemporáneas y fundamentos caballerescos en nada añejos, sino idénticos a los sentidos como válidos por los cortesanos de Carlos V»⁴⁸. Encontramos pues en el género de los libros de caballerías del Siglo de Oro, una vez más, unos episodios ficticios —los torneos literarios del *Libro primero*— que remiten en clave literaria al profundo impacto histórico que causó en la Valladolid de 1517 el torneo *à sujet* capitalizado por el séquito borgoñón y el propio Carlos V. Y estimo que esa correspondencia con la figura y redes clientelares de Lannoy es la que explica el interés de Velázquez de Castillo por el tema de la *traslatio imperii*, manifestado en una larga digresión pseudohistórica sobre este tema que le dirige explícitamente a Lannoy:

Mas por quanto, ilustre señor, a esta historia podrían contradizeir otros algunos libros, especialmente aquellos que hazen memoria de la genealoxía de los emperadores, comenzando desde Julio César, primero emperador, hasta todos los otros que después subcedieron, como es no hazer memoria de que en este tiempo oviesse emperadores en Alemaña, pues a largos tiempos después desto la Iglesia traspasó el Imperio de los franceses en los alemanes, quitándolo de la stirpe carolina que lo poseía. E porque a cualquiera le sería menester trastornar muchos libros para quedar bien satisfecho desta dubda, lo que Badulato e Faderico de Maguncia, obispos, en la *Tercera parte* desta historia escriven, lo porné en esta Primera, pues es conviniente lugar, contándolo assí como ellos lo dizen. Primeramente conviene que Vuestra Señoría ilustre sepa que en este tiempo la Iglesia no se empachaba del Imperio ni había eletores como ahora los hay, ni los ovo dende a grandes tiempos después.

⁴⁷ Velázquez de Castillo, *Clarián de Landanís*, págs. 2-3. He alterado ligeramente la puntuación de Anderson después de consultar la edición toledana de 1518, pues el sentido del texto quedaba oscuro en su transcripción.

⁴⁸ Pedro M. Cátedra, «Fiestas caballerescas en tiempos de Carlos V», en *Catálogo de la exposición «La fiesta en la Europa de Carlos V»*, Sociedad estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 2000, págs. 93-117 (la cita, en pág. 101). De los trabajos en prensa del profesor Cátedra sobre las fiestas caballerescas del Siglo de Oro, citados en esta publicación, se desprenderán datos, deducciones e intuiciones que indudablemente afectarán a nuestra aproximación.

E los emperadores tenían su silla del Imperio en Constantinopla después que aquel glorioso emperador Costantino Magno traspasó su silla imperial en Costantinopla, dexando a Roma con toda Italia e otras provincias al bien-aventurado papa San Silvestre.

^a E Goliano, padre que era de Macelao, rey que era de Franconia e Lotingia, duque de Austria e Mecina e señor de otras provincias, sintiéndose muy poderoso, con acuerdo e consentimiento de muchos príncipes e altos hombres, sus súbditos e amigos, titulóse de emperador de Alemania, assí como en nuestra España otros algunos reyes de Castilla fizieron. E después que ovo tomado la corona, muchos que de ante le eran contrarios vinieron a su obediencia. E como quiera que Justiniano, primero deste nombre, que entonce imperaba en Grecia, le embiasse a dezir e a requerir que no se llamasse emperador, por esso Goliano no dexó el título que había tomado; antes usaba dél triunfante e poderosamente. Adereçando el emperador Justiniano su armada para le fazer guerra, adoleció de enfermedad que murió. Goliano quedó pacífico, aunque no vivió mucho tiempo.

^b Después desto Justiniano Segundo —que a Justiniano en el Imperio subcedió— también tuvo diferencias sobre esta causa con Macelao, fijo de Goliano, e algunas vezes ayuntaron sus gentes el uno contra el otro, mas no ovieron rompimiento de guerra porque Justiniano, emperador de Grecia, tuvo siempre gran contienda con los lombardos, e Macelao, emperador de Alemania, estaba muy poderoso e muy amado de sus súbditos porque era muy noble príncipe, e no menos lo fue su padre. Muerto Justiniano, subcedió después dél Tiberio Segundo, que fue muy piadoso e cristianíssimo príncipe. E como el emperador Macelao supiesse que este emperador Tiberio tenía muy cruel guerra con el Gran Rey de Persia, e que tenía aplazada batalla, embió muy gran cavallería en su ayuda. En aquella batalla fue el emperador Tiberio vencedor, e prendió e mató muchos de los persianos, e por esta buena obra e gran ayuda que del emperador Macelao rescibió hizo paz muy firme y entera con él; e de dos fijas que tenía, que a la mayor llamaban Constancia e a la otra Altíbea, dio la una dellas por muger a Vasperaldo, fijo del emperador Macelao: ésta fue Altíbea, que fue muy hermosa e cumplida de buenas maneras. Con esto los dos emperadores Tiberio e Macelao fueron muy amigos dende adelante.

^c E assí, muy generoso señor, como aquí se ha dicho, cuenta la *Tercera parte* desta historia que en este tiempo ovo emperadores en Alemania e que en esta guisa subcedieron algunos después deste Macelao —de quien agora se fabla— fasta que Eraldo, fijo de Phelippo —que fue el sexto después del emperador Macelao—, que había de ser coronado por emperador e por ser de pequeña hedad no bastante a gobernar y regir tan gran señorío, se revolvieron tan grandes guerras en las Alemañas que él fue desobedecido e perdió el título de emperador con gran parte de su señorío.

^d E passó assí gran tiempo que en sus descendientes no ovo emperador fasta que vino Otón, fijo de Enrique, duque de Xaxonia, el cual Otón fue muy noble e glorioso Emperador y ensalçó mucho la sancta fe católica. Decendió

ligítimamente de los emperadores aquí ya dichos que en Alemaña imperaron. Ovo el imperio después que la iglesia le traspasó de los franceses en los alemanes⁴⁹.

No logro recomponer en su integridad este rompecabezas genealógico, donde probablemente medias verdades, algunas patrañas históricas y la propia ficción literaria dificultan el seguimiento veraz de la cadena imperial propuesta por el narrador. De cualquier forma, sí parece deducirse del *excursus* historiográfico de Velázquez de Castillo la pretensión de encadenar genealógicamente en su libro de caballerías una línea imperial germánica antiquísima. Sus orígenes arraigarían en una época anterior al período histórico de Carlomagno, tal y como se deduce de los datos del narrador, para quien mucho después del tiempo en que transcurre su libro de caballerías «la Iglesia traspasó el Imperio de los franceses en los alemanes, quitándolo de la stirpe carolina [*de la stirpe de Carlomagno*] que lo poseía». En la lógica de la narración caballeresca de Velázquez de Castillo, los ficticios emperadores alemanes precarolingios proceden de Goliano, quien se proclamó emperador de Alemania. A él le siguieron su hijo Macelao y Vasperaldo, nieto de Goliano e hijo de Macelao, abarcando un tiempo narrativo que coincide *grosso modo* con el período histórico comprendido entre 1) la entronización imperial de Justiniano I, emperador de Oriente (527-565), enfrentado en la ficción a Goliano por el trono imperial espúreo asumido por el alemán (párrafo a de la cita), 2) el mandato imperial de Justiniano II (o Justino II, emperador de Oriente entre 565-578, enemistado en la historia caballeresca con el sucesor de Goliano por idéntico motivo al que opuso a sus respectivos padres) y 3) el Imperio de Oriente de Tiberio Constantino o Tiberio II (578-582), durante el que Macelao sella definitivamente la paz con Justino II y Tiberio II después de prestar su ayuda a Bizancio (párrafo b de la cita). Con gran pericia en el manejo del tiempo del relato y el tiempo histórico, la época de Vasperaldo, sucesor de Goliano y Macelao, viene a confluir históricamente con el tiempo del emperador bizantino Heraclio I (610-641) y su enemigo persa Cosroes II (590-628), presentes ambos en la narración caballeresca de Velázquez de Castillo, de tal modo que el arraigo y el sucederse legendarios de los primeros emperadores de Alemania corre en paralelo al de ciertos personajes históricos de los siglos VI y VII. A las recurrentes concordancias de los anales historiográficos medievales se le ha solapado subrepticamente la genealogía de los emperadores de Alemania.

Considero que el lapso que media entre los orígenes del Imperio de Alemania y el momento en que narración y realidad histórica convergen en las figuras de Enrique I de Sajonia y su hijo, el emperador Otón, se corresponde en la ficción caballeresca —y en la digresión histórica de Velázquez de Castillo— por una

⁴⁹ *Clarián de Landanís*, págs. 28-29.

parte con la poco precisa noticia de la pérdida del título de Emperador de Alemania que aconteció durante la minoría de Eraldo, séptimo emperador en la línea de sucesión inaugurada por Goliano, y por otra parte con el largo período subsiguiente, en que sus sucesores se vieron privados de la dignidad imperial (párrafo c). Bajo tan exigua referencia se despliega un vasto arco temporal en el que quedan implícitas tanto la coronación imperial de Carlomagno en el año 800, como el posterior declive del Imperio carolingio y su sustitución por emperadores procedentes de la realeza italiana a partir del año 891 (la denominada fase italo-romana del Imperio). Una de las dos grandes líneas genealógicas, la legendaria de los emperadores de Alemania, corre pues en paralelo a otra histórica, la de los emperadores bizantinos, carolingios e italo-romanos, confirmando al linaje inventado de Vasperaldo un correlato histórico veraz de temporalidad cierta, aunque vaga y difusa, que desemboca en un punto de encuentro entre el discurso histórico y el narrativo: las figuras históricas de Enrique I el Pajarero, duque de Sajonia, y de su hijo Otón el Grande, que «decendió ligitimamente de los emperadores aquí dichos» y «ovo el Imperio después que la Iglesia le traspasó de los franceses en los alemanes» en el año 962⁵⁰, cuando fue coronado emperador por el papa Juan XII en la basílica de San Pedro (párrafo d de la cita). De esta forma, Velázquez de Castillo crea, mediante su personal *traslatio imperii*, un linaje excelso para la casa imperial de Vasperaldo de Alemania, que parte de Julio César, el primer emperador, y fructifica en la figura de Otón I, emperador en quien recae la herencia del mítico Carlomagno.

Esta larga digresión histórica está dirigida explícitamente a Charles de Lannoy, destinatario omnipresente en la narración caballeresca de Velázquez de Castillo. A poco que ojerara los libros «que hazen memoria de la genealoxía de los emperadores», Lannoy repararía en la trufa de la genealogía imperial, si es que precisaba de algún apoyo libresco para desestimar la historicidad del linaje de Vasperaldo. Por ello, la intención de Velázquez de Castillo no debió obedecer a un intento de mixtificar la historia, sino a la de mitificar el origen del Imperio alemán de Vasperaldo marcando la sintonía que existía entre la opinión erudita de dos fingidos obispos alemanes como Badulato y Faderico de Maguncia y la de figuras históricas como el canónigo de Colonia Alejandro de Roes, quien defendió a finales del siglo XIII en dos tratados teóricos el derecho de Rodolfo I de Habsburgo a la «restauración» del Imperio. De Roes sostenía que el ejercicio del Imperio le correspondía al reino de Alemania, en virtud precisamente de la *traslatio* efectuada en tiempos de Carlomagno del imperio de los romanos a los francos (pero los «francos orientales», los que andando el tiempo vendrían a

⁵⁰ Repárese en que se obvia la fase imperial italo-romana, en sintonía con el ideario imperial de Otón I, que recuperó la imagen y valor simbólico de Carlomagno como *Imperator Romanorum et Francorum*, intitulación que se constata ya en diplomas del año 966 procedentes de su cancillería (Máximo Diago Hernando, *El Imperio en la Europa medieval*, Madrid: Arco Libros [Cuadernos de Historia, 2], 1996, pág. 23).

constituir el reino de Alemania). La identificación entre los «francos» y los alemanes establecida por Alejandro de Roes reposaba en otras teorías políticas imperiales, como la que expuso un siglo antes el obispo Otón de Freising en su *Gesta Frederici imperatoris*, obra encaminada a ensalzar los méritos imperiales del linaje alemán de los Staufer. Para Otón de Freising, el imperio romano se extendió desde la antigüedad hasta su propia época. El primer trasvase histórico se produjo con el imperio carolingio de los francos; la investidura imperial de Otón I venía a recuperar la herencia romana y carolingia para la rama alemana (los *teutonicí*) de los francos⁵¹. Desde esta perspectiva se explica que el Rey de Romanos Maximiliano I, abuelo paterno de Carlos V, considerara a Carlomagno un emperador alemán y no francés⁵². Y siendo tan decisiva la influencia de Maximiliano I en su nieto Carlos V, y tan candentes los debates sobre la relaciones entre la Casa de los Habsburgo y Borgoña y los reinos de España en 1518 —fecha de publicación del *Libro primero de don Clarián*—, extraigo de esta ilación de argumentos la deducción de que no sólo el «Prólogo» o los torneos de Bergis y Colonia tienen especiales reminiscencias para el destinatario del *Libro primero de don Clarián*, sino que incluso la larga digresión histórica que se acaba de comentar apunta al blanco de los intereses de la corte de Carlos V y de uno de sus más destacados miembros, Charles de Lannoy, corte y caballero que acompañan al joven rey Carlos en su primer viaje a España.

El binomio Charles de Lannoy-Carlos V gravita pues sobre la creación de Velázquez de Castillo, y se trata de un aspecto que permite comprender así mismo el novedoso marco geográfico de este libro de caballerías que propone la escena europea como vasto campo de proezas caballerescas, alejándose de este modo del mundo bretón amadisesco, del ámbito mediterráneo y norteafricano (*Floriseo*, *Lepolemo*, por ejemplo) o constantinopolitano (*Las sergas de Esplandián*, *Tirante el Blanco* o *Palmerín de Olivia*, por citar algunos). La elección imperial de don Clarián en el Sacro Imperio Romano Germánico, como sucesor de Vasperaldo, y la propuesta de Europa central y septentrional como lugar de tensiones y expectativas debieron suscitar en Lannoy la reminiscencia de intereses culturales, sociales o políticos muy especiales. La orientación geográfica que enmarca las aventuras del *Libro primero de don Clarián* y a los héroes de este ciclo (especialmente en el libro inaugural y en la continuación de Castro), responde a un conjunto de intereses imperiales muy distintos a los de los Amadises o Palmerines. Si bien es cierto que los tradicionales Constantinopla e Imperio Griego aparecen en la obra dedicada a Charles de Lannoy, Velázquez de Castillo prima la caballería imperial centrada en torno al Sacro Imperio Romano Germánico (Alemania, Frisa, Dinamarca —Dacia—, Noruega, Suecia, Hungría, etc.).

⁵¹ M. Diago Hernando, *El Imperio*, págs. 22-23, 36, 48-49.

⁵² K. Brandi, *Carlos V*, pág. 74.

Es el momento de retroceder al punto en que quedó suspenso el alto grado de protagonismo hispano en el *Libro segundo de don Clarián de Landanís* de Álvaro de Castro. ¿Se retomaba en la ficción caballeresca de Castro, procedente del *Libro primero*, una situación geoestratégica de predominio, o al menos de protagonismo compartido, de los reinos de España con respecto al resto de intereses territoriales del imperio alemán de Vasperaldo? La participación del mundo hispano en la obra de Velázquez de Castillo es ínfima comparada con su importancia en el *Libro segundo de don Clarián*: como personajes hispanos más relevantes, aparecen el rey goda Recaredo de España, casado con la tía de Altibeia, emperatriz de Alemania, o su hijo Luiba, a quien quería casar Recaredo con Gradamisa, la princesa de Alemania, hija de Altibeia y Vasperaldo (deseo frustrado por el matrimonio de Gradamisa con don Clarián, a instancias de Vasperaldo, que supuso inmediatamente la entronización del caballero sueco como emperador)⁵³. Cuando se repara en la dimensión política de la estrategia matrimonial y dinástica de los Habsburgo⁵⁴ y se establece la participación de los personajes españoles en la red clientelar de la corte de Vasperaldo y de don Clarián como indicio de su participación efectiva en la toma de decisiones conjuntas (siguiendo el planteamiento propuesto para la corte carolina por Martínez Millán⁵⁵), se advierte claramente el papel secundario que representa lo hispano en el *Libro primero*, y el alto grado de desarrollo que adquiere este tema en la continuación de Álvaro de Castro. Creo que Álvaro de Castro supo leer entre líneas cómo la ficción de Velázquez de Castillo, destinada a Charles de Lannoy y orientada hacia la europeización de los intereses imperiales de los que también formaba parte España, relegaba la presencia hispana a un papel meramente secundario. Tal vez por ello encareció el papel de los caballeros españoles en la corte imperial de Vasperaldo, de tal forma que el «nacionalismo» del *Libro segundo de don Clarián* aparece también como una «nacionalización» frente a la ideología implícita en el *Libro primero*. Además, la elección imperial de don Clarián de Landanís (príncipe sueco), pergeñada narrativamente desde el *Libro primero de don Clarián*, le ofrecía a Álvaro de Castro una segunda posibilidad de encarecer la vinculación hispana con el Imperio de Alemania: la sangre goda de nórdicos y españoles. Como se recuerda en un pasaje relevante del *Libro segundo*,

El señor de los Siete Castillos fue de parte de don Clarián ha hablar con el rey de Gocia la Natural para saber qué era la causa por que contra el Rey, su padre, viniessse; porque, comoquiera que este Rey entonces fuesse pagano, el

⁵³ Compañero de aventuras de don Clarián será también Orlagis de Cámper, hijo del Duque de Cartago, caballero goda. También es español Elistrán de la Bella Guardia.

⁵⁴ María José Rodríguez Salgado, «Carlos V y la dinastía», en *Carlos V (1500-1558)*, Amberes: Fonds Mercator & Fundación Academia Europea de Yuste, 2000, págs. 27-111.

⁵⁵ «Para un estudio del Imperio de Carlos V a través de la corte».

rey Lantedón y él de un mismo linage venían e siempre sus reynos se avían guardado amistad (llamávase este Rey «de la Natural Gocia» porque en otro tiempo Suecia fue assí mismo Gocia, por ser de los godos señoreada)⁵⁶.

El origen godo del príncipe sueco don Clarián y, en general, del reino de Suecia, escindido de la antigua Gocia, determina una prelación temporal sobre los caballeros godos españoles que aparecen en la obra de Álvaro de Castro. Si bien no está expresa en el *Libro segundo* la idea de la relación entre los godos nórdicos y los españoles, es muy probable que esta vinculación estuviera implícita en el relato de las hazañas de don Clarián y en el protagonismo de los caballeros godos españoles, redundando en la importancia del nacionalismo español que he intentado resaltar en este capítulo. Tiempo después,

este patriótico goticismo hispano persiste en el siglo XVII, cuando Saavedra Fajardo escribía su *Corona gótica, castellana y austríaca* para alegar razones que favoreciesen una alianza política entre la patria de los godos, Suecia, con la España de los Austrias⁵⁷.

A MODO DE PROPUESTA

En un trabajo ya clásico, José María Jover se planteaba una serie de preguntas, cuyas respuestas siguen hoy sujetas a discusión. Al advertir la frágil separación que distingue la política exterior de España y la política exterior del Emperador-Rey de las Coronas peninsulares durante la primera mitad del siglo XVI, se cuestionaba:

¿En qué medida prosiguen o son truncadas bajo Carlos I líneas de política exterior arraigadas en la realidad geográfica y social de los reinos peninsulares?
¿qué conexión hay entre los intereses y las ideas de los estamentos que

⁵⁶ *Libro segundo*, fol. 30v.

⁵⁷ Ramón Menéndez Pidal, *Los godos y la epopeya española*, Madrid: Espasa Calpe (Colección Austral), 1969, pág. 30. Como se recuerda en el *Libro del conocimiento*, «las gentes desta Gotia conquistaron a España e fueron señores della muy grand tiempo» (*Libro del conocimiento de todos los reinos y tierras y señoríos que son por el mundo, escrito por un franciscano español a mediados del siglo XIV*, estudio, edición y notas por Marcos Jiménez de la Espada, Madrid: Imprenta de T. Fortanet, edición facsimilar, Barcelona: El Albir, 1877, pág. 16). Son muy importantes las páginas que dedica Robert B. Tate al goticismo hispano del siglo XV. A partir de la *Anacephaleosis* de Alfonso García de Santa María, el goticismo hispano se revitaliza considerablemente, después de una cierta decadencia durante los siglos XIII y XIV (*Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid: Gredos, 1970, pág. 68). Por lo que se refiere a la ascendencia goda de nórdicos y españoles, durante las reuniones del Congreso de Basilea el representante de los reyes de Dinamarca, Noruega y Suecia, el obispo Ragvaldi Växjö, demostró el derecho de sus monarcas a reclamar la herencia de la sangre goda, en detrimento de las aspiraciones españolas. En su discurso de respuesta, García de Santa María arguyó que la reputación de los godos procedía de los que se aventuraron en la conquista de reinos lejanos, no de aquéllos otros que permanecieron en el Norte, argumentación que demuestra esa conexión gótica entre suecos y españoles (págs. 72-73).

componen los Reinos y las empresas del Emperador? [...] ¿en qué medida y siguiendo qué caminos van a influir las experiencias del reinado en la conciencia nacional de los estamentos y de los grupos sociales que integraban por entonces el pueblo español? ¿en qué medida y siguiendo qué caminos van a acusarse las influencias específicamente españolas en esa suprema instancia de decisión política que es la persona misma del Emperador?⁵⁸.

El *Libro segundo de don Clarián de Landanís* tal vez pueda ofrecer nuevos criterios de juicio para calibrar las expectativas y temores que suscitó la entronización de Carlos V entre los españoles de entonces; la comparación entre el *Libro primero* de Velázquez de Castillo y el *Libro segundo de don Clarián* de Álvaro de Castro evidencia que las respuestas personales ante la inminente inserción de la política exterior española en una más amplia, la imperial, no se asumió de forma idéntica por todos. ¿Un libro de caballerías materia pues de estudio historiográfico? ¿el género caballeresco susceptible de integrar el *corpus* del historiador? Ésta es la propuesta que sometía a consideración.

⁵⁸ José María Jover, «Sobre la política exterior de España en tiempo de Carlos V», en *Miscelánea de estudios sobre Carlos V y su época en el IV Centenario de su muerte. Carlos V (1500-1558), Homenaje de la Universidad de Granada*, Granada: Universidad de Granada, Secretariado de Publicaciones, 1958, págs. 111-208 (la cita, en pág. 113).

